

Como cada año, Blas llega puntual a las ocho de la mañana del 10 de diciembre a la Estación Central. Lleva su sombrero de ala estrecha algo torcido, el abrigo largo negro de doble botonadura y sus guantes de lana merino que le protegen del intenso frío que hace hoy en Madrid. Respira con dificultad y se va abriendo paso lentamente entre los pasajeros. Los va observando tímidamente tratando de adivinar el destino de algunos de ellos. Una joven de ojos enrojecidos cargada con una gran mochila que parece muy pesada y que hace que vaya andando algo encorvada, con un tubo portaplanos golpeando la mochila con un ritmo que acompaña sus pasos. Imagina que irá a la universidad. Un grupo de amigas de mediana edad que van riendo de una manera exagerada. Seguro que van de viaje cerca de aquí a pasar el día, quizá a Aranjuez. Un hombre de negocios de pelo moreno engominado metido en su teléfono móvil que parece que va arrastrando los pies dejándose llevar por el río de viajeros. Irá a una importante reunión en su oficina.

Y así entre sus conjeturas, consigue llegar al jardín tropical. Se sienta a observar desde su banco favorito esa zona de la estación. La luz sobre la majestuosa estructura metálica le hipnotiza, le parece una armadura de un valiente guerrero ganador de las más fieras batallas. Después recorre como si las acariciara con la vista las paredes de fábrica de ladrillo, admirando sus aparejos y la armonía de su composición. El ruido a esa hora hace difícil concentrarse, pero él continúa absorto en sus pensamientos.

A lo lejos ve aparecer a Rafaela, viene tratando de andar todo lo rápido que le permiten los tacones de sus botines burdeos de charol. Resopla para apartarse el flequillo rubio de sus grandes ojos verdes. Ya le ha visto. Le sonrío y mira con apuro su reloj. Otro año que llega él antes. Cuando llega a su altura, le abraza, y poco a poco todo lo que les rodea se va desvaneciendo y pasa a ser invisible. Como si ya sólo estuvieran ella y él. E incluso se hubiera hecho el silencio.

Entonces, se sienta, mirándole con ternura, abre su gran bolso de cuero gastado y saca de un bolsillo interior, una pequeña libreta, de la que coge dos boletos iguales de lotería para el sorteo de Navidad. Son del número 77904. Le da uno a Blas y ella toma el otro. Se quedan mirándolo por más de diez minutos. Que recuerdos les traen esos números. El 779 y el 904. Eran sus números de paciente en el Hospital General. Qué época más dura. Rafaela ingresó una semana antes que Blas y por aquel entonces no se conocían. A ella le diagnosticaron una rara enfermedad que había contraído en

un viaje de voluntariado con su empresa en Chile. No podía hablar y parte de la cara se le había quedado paralizada. Estuvieron probando con ella muchos tratamientos hasta que llegó el que consiguió remitir la infección. Se quedó muy débil y la recuperación fue larga. Allí fue donde conoció a Blas. En las sesiones de rehabilitación. Él había tenido un grave accidente en la obra donde estaba trabajando. Es aparejador. Y en las obras de reparación de una parte antigua de la Estación Central, la barandilla de un andamio falló y cayó desde una altura de doce metros. A pesar de todo lo que se había fracturado, creía que había tenido suerte de haber sobrevivido. Y creaba siempre un ambiente muy optimista a su alrededor. Era como si brillara. Eso fue lo que le hizo que Rafaela se fijara en él y comenzaran su amistad.

Al recordar esa época vuelve la sensación de inmenso dolor y durante unos minutos les ahoga el pecho. Luego se miran y se guardan cada uno su boleto con ilusión. Rafaela se levanta del banco después de él y le toma del brazo. Comienzan a pasear conversando por la estación. Recuerdan los largos días mirando desde las grandes ventanas grises de sus habitaciones del hospital hacia la Estación Central. A esa misma estación donde se encontraban ahora. Le gustaba que Blas le contara sobre la historia de la estación, por ejemplo, cómo surgió, como un embarcadero. En esa época, había muchas murallas alrededor de la ciudad de Madrid, y había que buscar una solución que facilitara el paso y mejorara las vistas que eran huertos en su mayoría, y por eso se había decidido construir. Que fue la primera estación de Madrid y que, en la inauguración, la Reina Isabel II fue en tren de viaje hasta Aranjuez. También cómo un incendio destruyó gran parte de su estructura y que la cubierta de hierro se hizo en Bélgica. Para él es una obra de arte de la arquitectura ferroviaria. Le contaba que debido al constante crecimiento de pasajeros de larga, media y corta distancia, se había tenido que ir transformando y ampliando, convirtiéndose en los edificios que conocemos ahora. Y cómo lo que más le gusta, a pesar de que su accidente sucedió allí, es el antiguo apeadero, que se rehabilitó y se convirtió en el vestíbulo-jardín que hace las veces de invernadero y da acceso al resto de las dos estaciones que componen el complejo ferroviario. Que es dónde se encuentran ellos dos ahora. Él sigue contándole las mismas cosas sobre la estación y ella le sigue escuchando embelesada, como si se las estuviera contando por primera vez. Mientras van paseando entre el humo, la humedad y los distintos olores de las plantas de esa zona, que se mezclan con la luz que atraviesa la cubierta y crean una atmósfera casi

mágica. Y así pasan varias horas deambulando sin parecer tener prisa por volver al mundo real.

Durante su estancia en el hospital, Rafaela había desarrollado una nueva habilidad que le había ayudado a pasar el tiempo durante los largos y duros tratamientos, y la mantuvo entretenida, porque al no poder hablar bien, le daba mucha vergüenza intentar entablar una conversación. Una monja gallega, Maria Gracia, de la congregación de las Adoratrices que ayudaba entre semana allí, la enseñó a bordar. Tuvo mucha paciencia con ella y además le proporcionaba los materiales que iba necesitando. Así que durante su convalecencia hizo un montón de bordados personalizados para otros pacientes y para los sanitarios. Y del boca a boca surgió un nuevo reto profesional. Cuando por fin salió, puso en marcha una asociación para enseñar a bordar gratis a personas en situación de exclusión, y proporcionarles multitud de calanes de venta que les permitieran revertir sus circunstancias. Esta nueva experiencia la había hecho renacer después de aquella fatídica enfermedad que la tuvo tantos meses como bloqueada. Esa monja fue la que le presentó a Blas. Le dijo a él que había una mujer que iba recuperando poco a poco el habla, con la que podría compartir muchas historias interesantes y así poder ayudarla a llevar mejor su estancia durante el tiempo que estuviera en el hospital. Él aceptó enseguida encantado, porque había oído hablar de la bordadora del hospital y sentía curiosidad.

Cuando entró en su habitación la encontró sentada en una silla de madera, al lado de gran la ventana, sujetando un trocito de tela blanco que estaba bordando. Se presentó e hizo una reverencia a modo de saludo. Ella le sonrió y le indicó con gestos que se sentara en frente de ella y le señaló un cartel con su nombre: Rafaela. Ya en aquella primera ocasión, Blas se quedó prendado de esos maravillosos grandes ojos verdes y el halo de paz que la rodeaba. A partir de ese día, los martes y los jueves por la tarde quedaban en la sala común del hospital y él la contaba historias maravillosas, reales e inventadas, de las grandes obras de arquitectura de todos los tiempos e inventaba personajes singulares en todas ellas para conseguir acaparar toda su atención. Y así pasaron las semanas, los meses, hasta que poco a poco fueron forjando una gran amistad que siguen manteniendo hasta estos días.

La casualidad o el destino hicieron que les dieran el alta el mismo día a los dos, el diez de diciembre del año 2000. Fue entonces cuando acordaron verse al menos una vez

al año, para asegurarse que seguían bien y ponerse al día de sus vidas. Ese día Rafaela le regaló un pañuelo bordado con las iniciales de su nombre a Blas y él la entregó un cuaderno en el que había escrito parte de las historias que le había contado, para que las relejera cuando quisiera. En la misma puerta del hospital compraron a un vendedor de lotería el mismo número que comparten hoy en día, que por ventura contenía el número de sus habitaciones. Y desde entonces, casi 25 años después, han seguido manteniendo su cita anual, pasara lo que pasara en sus vidas ya fuera del hospital, y compartiendo la ilusión de ganar la lotería de Navidad.

Después de varias horas juntos de nuevo, se despiden con un fuerte abrazo hasta el año siguiente. Él se queda mirando cómo ella se va alejando en el vagón del tren que la lleva de vuelta a casa, embriagado todavía por el olor de su suave perfume y sintiendo de nuevo las mismas emociones que cuando la vio por primera vez sentada bordando junto a la ventana. Saca un pañuelo del bolsillo de su abrigo y guarda cuidadosamente el décimo que le ha traído Rafaela. Acaricia sus iniciales bordadas en hilo rojo bermellón mientras lo dobla y lo guarda como el mayor de los tesoros. Recorre el camino de vuelta a casa, repasando cada baldosa de granito del suelo de la estación, echando la vista atrás para volver a admirar su férrea estructura y las paredes enladrilladas, suspira y vuelve a sus ensoñaciones de lo que se atrevería a hacer si le tocara la lotería con su adorada Rafaela. Iría raudo a buscarla y la propondría viajar por el mundo visitando todos esos maravillosos lugares de los que le había estado contando y quizá en alguno de ellos encontrara el valor de declararle lo que sentía por ella. Y terminarían bailando la dulce canción que le recuerda siempre a ella.

Y mientras tanto ella se aleja, mirando distraída por la ventana del tren, imaginando que de repente Blas aparece su vagón y se sienta a su lado. La toma de la mano y ya no se va jamás. Ella sigue sintiendo que Blas es el hombre de su vida, pero no se atreve a confesarlo. Quizá si les tocara la lotería, en la efusión de la celebración, podría robarle ese beso que siempre ha deseado darle.

Hasta que la rueda de la fortuna les una, siempre les quedará su esperado encuentro en la Estación Central.